

ANEXO 3

Las gracias del Santuario de Schoenstatt

(Material de apoyo: 2do. Retiro/Jornada)

Hablábamos del Santuario de Schoenstatt. No me referiré a muchos datos de la historia del Santuario, de cómo se llegó a la Alianza de Amor con la Mater, etc. Ustedes tienen literatura a la que pueden recurrir como "Nuestra alianza de Amor con María", "Tu Santuario", y otros.

Me voy a concentrar solamente en lo que es el misterio de la alianza de amor, que es el corazón de nuestra fe; ese misterio que se hace sensible, que se hace palpable y cercano en el matrimonio. Ustedes reciben las gracias para vivir ese misterio de alianza en un tiempo en que todo amenaza con la destrucción de aquello más íntimo, más profundo que tienen los matrimonios como don de Dios y como tarea.

La tres gracias del Santuario en Schoenstatt:

La Santísima Virgen nos quiere regalar en Schoenstatt especialmente tres gracias. No hemos

llegado por deducción lógica a esto sino que lo hemos recogido de lo que la Santísima Virgen ha realizado a partir de su Santuario. Ningún Santuario de Schoenstatt se ha distinguido porque en él haya habido milagros físicos, curaciones milagrosas, apariciones o hechos extraordinarios. Lo que hemos palpado es que recibimos la *gracia del cobijamiento*, la *gracia de la transformación interior* y la *gracia de la fecundidad apostólica*. La Santísima Virgen quiere regalar estas tres gracias especialmente a ustedes como matrimonios.

- ***La gracia del cobijamiento***

Quien está metido en el torbellino de la vida actual sabe, por experiencia propia, que su intimidad matrimonial es lo más amenazado. No hay nada más en peligro que perder la unión de corazones, la unidad de corazones, aunque parezca que nunca la perderemos y que la tendremos siempre.

Hemos constatando en la Rama de Matrimonios, cómo nos empieza a penetrar más fuertemente el bacilo de las separaciones, de los divorcios, personas que ya se han separado o que están en proceso de separarse. Y esto en todas las zonas. Más fuertemente nos tocó esto cuando matrimonios muy comprometidos, también se separaron. Son matrimonios con más de

25 años de matrimonio y con hijos. Esto es un desafío y un llamado de Dios a jugarlos verdaderamente por salvar la intimidad del matrimonio, la fusión de corazones. Y para ello necesitamos la gracia del cobijamiento que nos da María en su Santuario.

El P. Kentenich define Schoenstatt como "una tierra cálida y familiar, que el amor eterno se ha preparado, donde corazones nobles arden en la intimidad y con alegres sacrificios se sobrellevan, donde *cobijándose unos a otros*, arden y fluyen hacia el corazón de Dios, donde con ímpetu brotan fuentes de amor, para saciar la sed de amor que padece el mundo..." Ese misterio es el que nosotros estamos llamados a defender. Schoenstatt es una comunión. Y el P. Kentenich escribió ese Cántico al terruño en Dachau, en una situación bastante más deteriorada y amenazante que la que podamos vivir nosotros con toda la agitación, las amenazas de stress, de violencia, etc., que hoy vivimos.

En las reuniones que hemos hecho este año, hemos tratado la Alianza matrimonial y la alianza con María y hemos ido dando pasos en este sentido.

Primero, buscamos conocernos más íntimamente. Cuando un matrimonio lleva cinco, siete años, es muy fácil que la imagen del cónyuge se deteriore; se

empiezan a ver las limitaciones, los defectos, las fallas; la persona que vimos como ideal, tan agradable, tan simpática, tan trabajadora, nos parece después una persona superficial, alguien que no toma en serio nada, o como un maniático e irresponsable. Y empezamos a desfigurar la imagen del cónyuge y se nos empieza a deteriorar la relación, el encantamiento, el enamoramiento.

Después, profundizamos nuestro diálogo. Buscamos redescubrirnos, volver a enamorarnos, a reencantarnos, cultivando la comunión de corazones.

En este contexto, siempre insistimos en lo poco que se expresan los matrimonios su amor y su cariño; el mundo de la caricia, de la afectividad sensible muchas veces se reduce a lo sexual; y lo sexual, sin el mundo de la caricia y de la ternura, no satisface, no plenifica, sobre todo a la mujer. Y el matrimonio que deja de manifestarse el cariño, se va separando interiormente.

Las manifestaciones de cariño son necesarias, son el secreto, la fuerza del matrimonio. Si como matrimonio hacen un esfuerzo consciente, en este sentido, no solamente van a salvar su matrimonio de la hecatombe matrimonial que existe actualmente, no

solamente van a permanecer juntos, sino que van a ser felices y van a ser realmente esos "corazones nobles que laten en la intimidad".

Gracia del cobijamiento. ¿Cuál ha sido el diálogo, el grado de intimidad, de intercambio de corazones que tienen como matrimonios? ¿Qué persigue el reencantamiento? Es la concreción de la gracia del cobijamiento: yo quiero tener a alguien en mi corazón, necesito tener a alguien en quien descansar, en quien estar, en quien vivir. Lo último que dice el Señor, antes del Gólgota, es: "Permanezcan en mí como yo permanezco en ustedes". Así como yo estoy en el Padre, estén ustedes también en mí. O éstas son meras palabras que recitamos o son una realidad profunda, personal.

¿Dónde está el signo sensible, lo visible de esto? El matrimonio es el signo visible de este misterio. Es decir, el Señor quiso hacer palpable este misterio de in-habitación, de su permanencia en nosotros, de ese habitar, vivir uno en el otro, de permanecer en el corazón del otro, especialmente en el matrimonio. Para vivirlo, necesitamos una gracia especial, que es la que pedimos en el Santuario.

Cuando tenemos conflictos, cuando estamos agotados por el trabajo, cuando los niños y todo lo que nos rodea no nos permite encontrarnos; cuando sentimos la presión del mundo actual, cuando está la tentación de la televisión, de tal o cual telenovela, en ese momento tenemos que salvar nuestro diálogo matrimonial. Más importante que ver las noticias, el partido de tenis o de football, es nuestra intimidad, nuestro intercambio de corazones; saber qué pasa en el otro, poder descansar en el otro. Pero tenemos que salvarlo conscientemente y esto hoy día es un milagro. Que un matrimonio pueda rezar de verdad y que pueda darse este momento de intimidad, de diálogo, es verdaderamente un milagro. Y que de nuestro matrimonio puedan brotar fuentes de amor para saciar la sed de amor que padece el mundo, es verdaderamente un milagro.

Hoy vivimos como vagabundos; estamos a la intemperie; no hay cobijamiento, no hay arraigo. Y este cobijamiento es lo que tenemos que regalar al mundo. Pero no podemos hacerlo sin una gracia especialísima y sin una cooperación nuestra con esa gracia. Nosotros podemos recibir la gracia del sacramento del bautismo, pero esa gracia puede no ser fecunda. Recibimos la gracia del sacramento matrimonial que nos asegura que lleguemos a ser una

unidad de corazones íntima, que demuestre al mundo que es posible amarse. Pero esa gracia necesita nuestra cooperación, nuestro esfuerzo, nuestra renuncia: apagar la televisión, renunciar al partido de tenis o de football, darnos tiempo para dialogar, para rezar, etc. Tenemos que exigirnos y esforzarnos, porque de verdad no tenemos tiempo para esto, no cabe en nuestras actividades, porque el ritmo de vida actual no da tiempo para ello. Por eso, es preciso que cooperemos con la gracia: hacer algo, renunciar a muchas otras cosas menos importantes que nuestro matrimonio. Tenemos que pedir esa gracia a la Santísima Virgen en el Santuario. ¡Qué poca oración de corazón hacemos! Podemos recitar oraciones, podemos rezar rosarios, novenas, hacer oraciones largas, por escrito, etc., pero no rezamos de corazón; no nos dejamos tiempo para estar con Dios, para estar tranquilos con Dios. Esto nos falta y por eso nos sentimos descubidos. Por eso la necesidad imperiosa del hombre actual de llenar ese vacío con el trabajo, con el deporte, con drogas, con el alcohol, con mil cosas que ahogan ese misterio de intimidad, de diálogo.

Esta es la *gracia del cobijamiento* que crea ese ambiente "donde corazones nobles laten en la intimidad y con alegres sacrificios se sobrellevan"...

Demuestra un realismo muy grande del P. Kentenich. No es una unidad de corazones en el cielo sino aquí en la tierra, donde tenemos dificultades, problemas, limitaciones, debilidades; donde nos herimos muchas veces... Cuando tenemos fallas, tenemos pecado y llegar a ser uno solo, una sola carne en el sentido pleno, es muy difícil. Tenemos que demostrar el misterio de nuestro amor, en primer lugar, a nuestros hijos y al mundo. Por eso nos fijamos cosas muy concretas: rezar juntos todos los días; todas las semanas dejamos un tiempo para los dos, para reencantar nuestro amor, nuestra unidad de corazones, nuestra alianza de amor.

- ***La gracia de la transformación interior***

La segunda gracia que nos quiere regalar la Santísima Virgen en nuestro Santuario de Schoenstatt es la gracia de la transformación interior.

¿A qué responde esta gracia? María se ha querido manifestar en el Santuario de Schoenstatt como Madre y Educadora. No somos un Movimiento simplemente de devoción a María, de personas que aman a María. Sin duda que también lo somos, pero tenemos una particularidad, algo especial. Nosotros sellamos una alianza con ella y esta alianza siempre implica una voluntad de agradar al otro, de cambiar,

de crecer. Un amor que no tenga esa voluntad de agradar al tú, no se puede llamar amor. "Obras son amores y no buenas razones", dice el refrán. Si decimos a una persona que la queremos mucho pero no somos capaces de hacer nada por esa persona; si no demostramos que queremos cambiar para agradar a ese tú; si no demostramos que somos capaces de renunciar a otras cosas por servir, por ir al encuentro de los deseos del tú, simplemente estamos demostrando que somos egoístas.

Llevamos muy dentro el egoísmo, hasta los huesos. Se requiere de nosotros un proceso de crecimiento. En el lenguaje de san Pablo: debemos despojarnos del hombre viejo para revestirnos del hombre nuevo. En la alianza de amor con María, pedimos la gracia de cambiar, de crecer, de perfeccionarnos. Cuando el Señor empieza su predicación dice: cambien, transfórmense, cambien de conducta, porque el Reino de Dios está cerca. El primer llamado del Señor es a la conversión, a la transformación. Muchas veces esto queda olvidado.

Son pocos los matrimonios que trabajan su amor; son pocos los cristianos que trabajan su cristianismo. Casi siempre pedimos a Dios milagros de curaciones o de otro tipo y hacemos mandas para que se cumpla lo que

pedimos. Pero no pedimos la gracia de cambiar nosotros, el milagro de transformarnos nosotros, de ser capaces de cambiar y de cooperar con la gracia de Dios. Es preciso aprender a cambiar nuestra vida; tomemos en nuestras manos nuestra vida, nuestro destino; aprendamos a amar, a darnos. Tenemos que crecer y ser capaces de superar tal o cual defecto en virtud de una auténtica alianza de amor, en primer lugar, con nuestro esposo o esposa, para poder dar a nuestros hijos el ejemplo que necesitan.

Algunas veces se afirma que Schoenstatt no exige. Es un gran error. Lo que nosotros no hacemos en Schoenstatt es fijar reglas y obligaciones. El P. Kentenich desde el inicio, en su primera plática a los jóvenes, el 18 de octubre de 1914, les propone "una aceleración del proceso de autosantificación", mediante una intensa vida de oración y el fidelísimo cumplimiento del deber" para que la Santísima Virgen se estableciese en la capillita y hiciese surgir desde allí una gran corriente de renovación de la Iglesia y del mundo. Fue un llamado a cambiar la vida, a transformarse. Y para eso les entregó medios ascéticos: el horario espiritual, el examen particular, etc.

Nosotros, en las primeras etapas de Schoenstatt, como asesores cometimos quizás el error de no presentar claramente lo que Schoenstatt es en cuanto a exigencias ascéticas. Y es un error que nos ha costado muy caro porque hay muchas personas que saben de Schoenstatt y que tienen a Schoenstatt, según decía el P. Hernán Alessandri, como quienes cultivan un "espíritu familiar sueltón", donde no hay un trabajo ascético fuerte. El cristianismo es exigente. Cristo dice: "El que quiera seguirme que tome su cruz y venga conmigo". "Sean perfectos como el Padre de los cielos es perfecto". "Vuestro lenguaje, sea sí, sí, no, no". "Si tu ojo es causa de escándalo, arrácatelo, porque es mejor entrar tuerto al cielo que irse con los dos ojos al infierno".

Poseemos una imagen del cristianismo y de Schoenstatt demasiado dulzona, demasiado poco exigente. Pero "si el grano de trigo no cae en la tierra y muere, no da frutos". La especialidad del Santuario de Schoenstatt no son los milagros físicos, los favores que pedimos a la Virgen, y el rezar y rezar para que ella nos cumpla lo que le pedimos. Más que eso, nosotros vamos al Santuario a ofrecer contribuciones al capital de gracias, que son nuestros esfuerzos por autoeducarnos, por cambiar, por transformarnos. Quizás ese esfuerzo es muy débil,

muy pobre, pero ella lo transforma, lo hace fecundo y ella nos da las gracias para que ese esfuerzo nos permita crecer y ser un matrimonio ideal, una encarnación de lo que debe ser el matrimonio cristiano que es luz del mundo, sal de la tierra.

Las Cuatro R

Queremos, por lo tanto, trabajar nuestro amor como personas y como matrimonio. La alianza de amor exige un trabajo constante, día a día. Y ese trabajo hay que hacerlo también en forma concreta. Hemos señalado para ello cuatro cosas básicas que nos parecen son esenciales para cualquier matrimonio que quiere cultivar su alianza matrimonial. Las llamamos las *Cuatro R*.

Primera R: Rezar. Y rezar juntos, porque sin Dios no se hace nada. Aprendamos a rezar juntos. ¡Es tan difícil rezar juntos! Es curioso, pero es así. Nos da vergüenza, tenemos diversas maneras de rezar, no hay tiempo, estamos cansados. Hay miles de disculpas. No sabemos aprovechar los dones que nos da Dios. Si no nos ponemos en el corazón de Dios todos los días, si no somos capaces de rezar de corazón, no podemos esperar ser un Movimiento que tenga repercusión en Chile, en la Iglesia. "El que no

está unido a mí, como el sarmiento a la vida, no da frutos". "Sin mí nada podéis hacer".

Aprendamos a rezar juntos, recemos de verdad, aunque sean dos minutos, pero que sea de corazón. No medios dormidos, entre las sábanas, no. Pongámonos de pie, de rodillas, pero de corazón, ante la imagen de María, de un crucifijo, encendamos un cirio... Recemos quizás sólo un Avemaría al comenzar, pero recemos de corazón. Agradecemos al Señor, leamos un trozo de la Biblia, etc. Así vamos haciendo un rito de nuestro momento de oración. Somos "Iglesia doméstica" y en la Iglesia se reza.

Segunda R: Re-encantarse. Reencantarnos mutuamente. El reencantamiento se logra si nos dejamos, todas las semanas, un tiempo para nosotros dos, para reavivar el fuego del amor, para entretenernos, para reavivar la juventud de nuestro amor. El amor se marchita si no lo reavivamos constantemente. Es como una plantita que no crece por sí misma; si no la regamos, si no la cuidamos, se muere. Cuando las personas dicen que se les acabó el amor, significa que dejaron morir el amor, que lo mataron, que no lo cultivaron. Uno de los caminos para crecer en el amor es dejarse un espacio, y defender un espacio para ello. Estamos tapados de cosas, pero

muchas veces perdemos tiempo en las teleseries, en tomarnos un cafecito, hablando por teléfono, etc. Seamos consecuentes, salvemos lo esencial de nuestra felicidad. Nosotros nos enamoramos y cuando estábamos pololeando, nos esforzábamos para encontrarnos. Y eso se fue desapareciendo. ¿Por qué? Nos hemos dejado comer por un ritmo de vida que va contra el amor, contra la relación de amor. No podemos caer en esas redes, y por eso tenemos que ser concretos y fijarnos un tiempo una vez a la semana, en una hora concreta, con un panorama concreto. El amor hay que trabajarlo. Necesitamos la gracia de la transformación interior para hacer crecer nuestro amor, para hacer de nuestro matrimonio una luz que alumbre, en primer lugar, a nuestros hijos, pero que se irradie también más allá. Necesitamos matrimonios que den esperanza hoy día, porque la gente no cree en la fidelidad en el amor y que es posible ser feliz en el amor. Nosotros tenemos que mostrar que eso es posible.

Tercera R: Revisión mensual. Si una vez al mes ustedes no se dejan tiempo para hacer un "balance" de su vida como personas, como matrimonio, como familia, van a ser arrollados por el torbellino actual y van a estar estresados y angustiados. Cualquier empresa lleva una cuenta diaria, semanal y mensual de

todo lo que hace. Ninguna empresa hace un trabajo "al lote", sin llevar ninguna cuenta de lo que hace. Saben perfectamente lo que ha sucedido y lo que tienen o no tienen. "Los hijos de las tinieblas son más astutos que los hijos de la luz". Hay muchas personas que se preguntan por qué esto de anotar, de las cuatro R, del horario espiritual... Es por un realismo mínimo, porque llevamos a Adán y a Eva muy metidos en el cuerpo, porque se nos olvida, porque se nos acaban las ganas. No hay nada de valor que no se haga sino por el esfuerzo constante, nada se nos regala en la vida.. Pero, mejor dicho, muchas cosas se nos regalan pero podemos perderlas porque no las cuidamos con un esfuerzo constante. "El que quiere celeste, que le cueste", dice el refrán.

Nos dejamos un tiempo al mes, dos horas, en el Santuario, el día domingo, sábado, en cualquier momento, para ver qué ha pasado durante ese mes con nosotros, como matrimonio, como personas, como familia. Qué regalos nos hizo Dios; muchas veces las cosas nos resbalan, tomamos por evidente muchas cosas. Dios nos ha hecho regalos preciosos pero no nos damos cuenta, no los gustamos, no los saboreamos. Nos dejamos tiempo para ver qué problemas tuvimos, qué hicimos, qué gracias recibimos; qué prometimos hacer durante este mes, y

para ver cómo nos fue en ello. Es preciso llevar un control de nosotros mismos. Si somos auténticamente personas libres que respondemos por nuestros actos, tenemos que autocontrolarnos. Y luego, vemos qué haremos en el próximo mes. Eso significa vivir como personas libres.

¿Cuántos de ustedes se dejan verdaderamente un tiempo, para parar el motor y ver que pasa? Si no lo hacen, les aseguro que van a sucumbir en los conflictos. Porque de todas maneras estos conflictos llegan, no hay nadie que no los tenga. El problema es que no sabemos enfrentarlos, no los sabemos solucionar. Y si no nos dejamos el tiempo para conversar tranquilos, para ver qué pasó, qué sintió cada uno, por qué se dio esto... No podemos hacer esto todos los días, pero tenemos que asegurar el hacerlo una vez al mes, el día y hora. No seamos ingenuos. Si no lo hacemos así, no lo haremos nunca. Asegurándolo de esta manera, hay menos posibilidad de que fallemos. De paso, ¡Cuidado con escudarse en el grupo! ¡Cuidado con creer que por ir a una reunión de grupo, ya estamos en un movimiento de renovación! El grupo puede ser una especie de paliativo, de escape. La pregunta esencial es si estamos o no cooperando con la gracia de Dios. Y entonces el grupo sí cumple su función.

La cuarta R: Revisión anual. Esto lo veremos en otra oportunidad. En el fondo se trata de la misma revisión mensual, pero ésta se hace una vez al año.

- **La gracia de la fecundidad apostólica:**

La tercera gracia que nos regala la Mater en el Santuario es la gracia de la fecundidad apostólica. El matrimonio tiene una fecundidad natural que son los hijos. Pero tenemos también una fecundidad más amplia que los niños y en los mismos niños.

La alianza de amor matrimonial es para la vida del mundo. El P. Kentenich dice en el Cántico al Terruño: para saciar la sed de amor que padece el mundo. Queremos transmitir a otras personas las mismas gracias que recibimos en el Santuario. Porque si nos sentimos cobijados, vamos a saber cobijar, acoger a otros. Lo que más necesita el hombre actual es ser acogido en forma personal. Nuestro mundo es un mundo de huérfanos, donde se desconoce el ser acogidos en otros. Más grave que la falta de techo es la falta de cobijamiento espiritual. Personas que tienen un techo formidable, no tienen quién los cobije, quién los acoja. Cuántos hay en la Zona Cordillera que tienen casas formidables, que no viven en mediaguas, pero ¡Cuánto desarraigo, cuánta

soledad, cuánto descobijamiento sufren! ¡Cuántos divorcios, cuántas separaciones! ¿Por qué? Porque no estaban el uno en el otro.

Nosotros queremos ser luz del mundo. Cuando ustedes llegan a Schoenstatt, llegan a recibir, a transformarse, pero para ser apóstoles, para ser fecundos. No llegan a Schoenstatt simplemente a formar un grupo de matrimonios o de pastoral familiar. Tenemos una misión mucho más grande que tener un grupo donde apoyarnos. Tenemos que transformar el mundo, transformar esta cultura. Estamos ante un gran desafío. ¿Qué pasa con Chile? Se está haciendo esfuerzos para que Chile económica y políticamente sea una nación ejemplar. Yo creo que tiene muchas posibilidades de serlo. Pero sería una tragedia si nosotros interiormente nos vamos carcomiendo; que nuestra cultura sea una cultura de la muerte, la cultura de los "reality shows", la cultura de la separación, del divorcio, la cultura donde el trabajo destruye, donde el ansia de tener y tener nos liquide como personas.

Queremos otro Chile, porque creemos que tenemos una misión especial, pero una misión en otro orden. Tenemos que mostrar desde aquí en qué consiste una cultura cristiana. Latinoamérica es mayoritariamente

cristiana. En nuestro país, un 70% dice ser cristiano. Pero, ¿qué hay de realidad vital de esto? ¿Qué sacamos con este porcentaje si la sustancia católica es pobrísima? En Schoenstatt somos una mínima parte de la población de Santiago. ¡Cuántos miles son! ¿Quiénes están cerca del Señor? ¿Quiénes de esos jóvenes que se acercan al matrimonio quieren realmente caminar hacia una santidad matrimonial? ¿En qué estamos impregnando nosotros esta cultura con el sello del Evangelio?

Creo que podemos hacer mucho. Las posibilidades que tiene aquí en Chile el Movimiento ya la quisiera otro país. Tenemos el Opus Dei, los Legionarios de Cristo, los Catecúmenos, los Carismáticos, los CVX, Schoenstatt, etc. Existe una cantidad de movimientos vivos. Tenemos posibilidad de hacer algo, existe una reserva católica. Pero esto requiere que nosotros, como schoenstattianos, realmente seamos sal de la tierra, luz del mundo. Y eso significa, en concreto, que nuestra alianza matrimonial tiene que ser fecunda. Nosotros tenemos que llevar el mensaje, la Buena nueva del amor matrimonial e ir al rescate de las familias. No sacamos mucho con hablar, con predicar, con escribir, con publicar cosas. Lo que más necesitamos son matrimonios que irradian, que sean apóstoles, que se jueguen por la Iglesia, por el Señor.

Y para esto necesitamos la gracia de la fecundidad apostólica, del envío.

Schoenstatt fue llamado como un movimiento de renovación de la Iglesia y del mundo. Y nuestra tarea es ser gestores responsables, que tomen la delantera en la transformación de la Iglesia y de la cultura en Chile. Y creemos que eso va a suceder desde el Santuario. En 1928, el P. Kentenich pronunció una frase muy audaz: "A la sombra del Santuario se codecidirán por siglos los destinos de la Iglesia y del mundo". Esto sólo lo puede decir alguien que está muy en el corazón de Dios. Así ha sucedido en la historia de la Iglesia. El destino de la Iglesia se decidió y se ha decidido por siglos con San Ignacio de Loyola y los jesuitas; la historia de la Iglesia se decidió y se ha decidido por siglos, por san Benito y los benedictinos. No es algo muy nuevo que un fundador pronuncie esa frase. Así ha actuado Dios y va a seguir actuando.

Pero si nosotros no asumimos esta gracia de la fecundidad, no podremos renovar la Iglesia ni la cultura actuales. Así como si hubiese existido un San Ignacio pero sin personas que se jugaran con él por transformar la Iglesia y sacarla de la tremenda crisis en que se encontraba, no tendríamos la Iglesia actual. Nosotros creemos que desde Schoenstatt, Dios

quiere marcar la Iglesia del futuro. Durante 20 siglos, la responsabilidad de la Iglesia la tuvieron los consagrados, los sacerdotes, los religiosos, las comunidades. Pero hoy la tarea es de ustedes, los laicos; la renovación del futuro depende de la santidad de los matrimonios. El sentido de que hayan matrimonios santos es que sin santidad no hay renovación de la Iglesia. Por eso la alianza de amor con la Mater, por eso las gracias del cobijamiento, de la transformación interior, de la fecundidad apostólica.

Este es nuestro programa. No nos quedamos chicos en nuestros anhelos. Somos hijos de un gran soñador, el P. José Kentenich. Somos hijos de una persona que empezó de la nada. Quien conoce la historia del P. Kentenich se admira de lo que en verdad pudo llegar a ser en manos de María. Él no tenía familia; estaba enfermo física y psicológicamente, pero Dios hizo maravillas en él y con él. Para Dios nada es imposible. Schoenstatt aquí en Chile empezó de la nada. Cuando el P. Kentenich llegó por primera vez a Chile, aquí había muy poco y preguntó por qué no habían fundado Schoenstatt. Y se le respondió que en Chile no existían personas brillantes, inteligentes, como sería preciso para ello. Y dio una respuesta memorable:

"Para fundar Schoenstatt no se necesitan grandes cabezas sino grandes corazones".

Es impresionante lo que Dios puede hacer con nosotros si nos ponemos en sus manos. ¿Quién habría soñado, hace treinta, cincuenta años atrás, que tendríamos un cardenal schoenstattiano...? Es un signo visible. Podemos hacer muchísimo y a eso están ustedes invitados. Y por eso la alianza de amor, porque solos no podemos. Pero con la Mater podemos hacer todo.